

---

## Capítulo 10

---

### Las columnas del periódico

---

*Antonio López Hidalgo*

---

**H**oy, cuando los columnistas gozan de la gloria diaria, en un lugar destacado del periódico o de la revista semanal, y cobran cuantiosos dividendos por su labor creativa, surgen las críticas de quienes entienden que proliferan en demasía los púlpitos y las cátedras. Considerada la columna, aparentemente, como un género periodístico de nuestros días, engarzada en páginas privilegiadas del diario, su origen es muy anterior, pero vestida a la nueva usanza ha saltado de la tinta fresca de los diarios a ser comentario también en radios y televisiones, a que sus autores no sólo sean periodistas de afilado ingenio y pluma devastadora, sino a que éstos se reencarnen en la esposa de José María Aznar, Ana Botella, o en el ex Defensor del Pueblo, Alvaro Gil-Robles. En cualquier caso, para remedar la memoria de este marasmo en que se halla sumida, José Luis Martín Prieto ha salido al quite con una frase acertada y tremenda: “El columnismo es más viejo que mear en la pared”. Y añade: “Es de ignorantes decir que el columnismo es un fenómeno nuevo o maltraído”<sup>1</sup>.

El columnismo de nuestros días, sin embargo, presenta una serie de peculiaridades que necesitan de una reflexión pausada y quizás de un análisis más profundo. Esbozar algunas de estas características pretende ser el rumbo que sigan estas líneas.

Erróneamente, José Luis Martínez Albertos, en su ‘Curso General de Redacción Periodística’, considera que la columna es un subgénero periodístico<sup>2</sup>. Francisco Umbral, sin embargo, la ha definido como “el soneto del periodismo”. El columnista castellano, que se siente incapaz de desentrañar las claves de este género, sólo se atreve a sentenciar esta máxima: “El secreto de la columna es como el secreto del

soneto. O se tiene, o no se tiene”<sup>3</sup>. En este sentido, Eduardo Haro Tecglen ha puntualizado: “Lo breve también necesita compás: no el soneto, que tiene sus reglas, sino lo libre. El soneto requiere genio”<sup>4</sup>.

El franquismo le había cortado las alas a este género y, como consecuencia, ahora asistimos a su florecimiento, de tal manera que no hay periódico de provincias que no cuente con su columnista, y es aquí, precisamente, en la influencia que ejercen los columnistas en el lector, donde salta la polémica<sup>5</sup>. Martín Prieto, en respuesta a una conferencia ofrecida por el novelista canario Juan Cruz, afirma tajante:

“Mi viejo y querido muchacho acaba de pronunciar una conferencia en su tierra afirmando que el periodismo español atraviesa una de sus más bajas horas en su prestigio profesional y que los columnistas somos la serpiente venenosa de la prensa española. ¡Carajo! Somos la yarará del hemisferio norte, que en el Cono Sur salta la yugular de un hombre a caballo y lo envenena mortalmente en media hora. ¡Hombre no, no se pase usted! Las atenciones con los jefes nunca pueden ser tan largas como para cuestionar el propio negocio”<sup>6</sup>.

Umbral, del mismo modo, nunca compartió las afirmaciones de Juan Cruz, quien siempre ha manifestado que la mejor prosa de nuestros días se ha escrito en las páginas de los periódicos y no en las novelas de los últimos años. Raúl del Pozo, quien ha definido la columna como “una balada de la realidad”, ha cuestionado desde las páginas de ‘Diario 16’ el movimiento de fichajes emprendido en el mes de septiembre de 1993 por los diarios ‘ABC’, que fichó a Umbral, y por ‘El Mundo’, que lo ha hecho con Martín Prieto y Antonio Burgos. En respuesta a éste último, con quien ya compartió algún que otro lance entre caballeros (recordemos que Prieto se rió de Del Pozo porque él escribía en página impar y su enemigo en par. Al director de ‘Diario 16’ le sobró tiempo para, a los pocos días, permutarles a ambos las páginas), Raúl del Pozo se despide de M. P. y opina sobre el oficio de columnista:

“Lo que no entiendo es como gente echada a perder, gente que se proscribe y se desgarrar por la mano derecha, es fichada ahora como si fueran futbolistas. Vivíamos del adjetivo, habíamos aprendido el oficio, como las ramerías, haciendo carrera en la calle donde vomitan los borrachos, y ahora a todos mis colegas los llaman a otros medios. El habla, esa inmensa masa de ruidos, necesita de artesanos que la pulan, la desenreden y la alejen del hedor de la política y de la Academia. Por eso los columnistas están de moda. Pero la palabra es una bala que defiende las barricadas de la libertad, y los columnistas no son unos bucaneros. O nos matan o nos compran. Como ha escrito Umbral, el gran fichaje de la temporada de otoño: con la columna entra la violencia de la calle, la farra de la noche, un jirón de pueblo que grita las cosas más eficaces y mejor gritadas”<sup>7</sup>.

Martín Prieto, quien siempre quiso estar dotado de la agudeza de Umbral y

del quevedismo de Jaime Campmany<sup>8</sup>, cuando pasó de las páginas de 'Diario 16' a las de 'El Mundo', escribió una columna titulada 'A ver qué me consienten', en la que contaba que amigos personales y políticos se preguntaban hasta dónde y por cuánto tiempo le iban a consentir expresarse libremente en sus colaboraciones escritas. Martín Prieto, que había hecho público su voto al Partido Socialista con motivo de los últimos comicios generales, escribió para tranquilizarles: "Ni soy esquizofrénico (eso afirmamos todos los que lo somos) ni tengo vocación de coartada. Creo saber que en esta casa se me consentirá todo lo que de sí dé la decencia"<sup>9</sup>.

Martín Prieto, que ha procurado mantener una actitud ética en su vida, y, lógicamente, también en sus escritos, siempre escribió con los "datos que se pueden tener y lo conciencia moral"<sup>10</sup>. La misma actitud comparte Francisco Umbral. Sin embargo, su fichaje por parte de 'ABC' levantó no pocas críticas llenas de razón y desconfianzas. La revista 'Tiempo', por ejemplo, publicó este anuncio: "Ha desconcertado a muchos de sus lectores de 'El Mundo', que le consideraban un columnista izquierdoso y radical, al trasladar sus reales a las páginas de 'ABC', periódico plural, democrático y tirando a conservador"<sup>11</sup>.

Obviamente, aquel romance no podía durar demasiado. En alguna de sus primeras columnas, Umbral comenzaba a dar algún que otro puyazo. "Aquí en 'ABC' —escribió— soportamos el goteo de los ultras, que han confundido esto con 'El Alcázar' de Girón. Menos mal que yo paso"<sup>12</sup>. Sin lugar a dudas, el tiempo ha demostrado que quien se equivocaba era este columnista. Catorce días después, 'ABC' hacía público el divorcio de manera poco escandalosa: "Francisco Umbral se ha incorporado a la cadena privada de televisión 'Tele 5' para hacer comentarios de actualidad, lo que le impide mantener con asiduidad la colaboración con el periódico. Deseamos al gran escritor, cuyos artículos son especialmente apreciados por los lectores de 'ABC', la mayor suerte en su tarea audiovisual"<sup>13</sup>. De cualquier manera, esta reseña obviaba lo evidente: que Paco Umbral volvía a las páginas de 'El Mundo' y que los lectores de 'ABC' probablemente tampoco echarían en falta su creatividad de tendencias más liberales. Casi un mes después, el autor de 'Los placeres y los días', escribía en 'El Mundo', en clara referencia al lector de 'ABC': "Por todo esto y más estoy yo en un periódico joven, por ver de que me lean los jóvenes, que uno aprende sobre todo de quienes lo leen. Hay el escritor que crea sus lectores, y otros lectores, amarracos y piparros, con varios quinquenios, que no hay un dios que les meta el diente ideológico"<sup>14</sup>.

Arropados de ética y arrogantes, contradictorios a veces o incluso confundidos, los columnistas, desde sus púlpitos y sus cátedras, interpretan cada día la realidad con el pretexto de influir en los lectores y en los políticos. Desde su yo "reconocible y cómplice" el poder del columnista es inmenso, como ha escrito Umbral, "dada la psicología del español, que es muy personalista, muy ácrata, y necesita a un individuo con el que discutir en silencio, en su casa, en el café, donde

sea". "Cuando a un señor le pagan por escribir desde su casa lo que le da la gana -añade-, ese señor se va creciendo, cae en la tentación de considerarse cada día más poderoso. De ahí nace la prepotencia, cuyo mayor castigo es perder el favor del público"<sup>15</sup>.

Es cierto que entre lector y columnista se abre un diálogo. Cansado éste del lenguaje objetivo y frío de la información, busca en el periódico la calidez y el elemento cotidiano, el comentario a una noticia insólita o una pequeña noticia. Pero, desde luego, si esto es así, no está tan clara la influencia que el columnista ejerce en el mundo del poder político, un mundo cada vez más conducido por los gabinetes de prensa, que producen información a raudales e interpretan la misma realidad. Fernando Onega ha escrito al respecto en tono prepotente: "En todo caso, humillaos, informadores y columnistas. Clamáis en el desierto. El poder sólo lee los informes de opinión pública y resúmenes de la publicada. No se esfuerce Mario Conde en invertir en medios. ¿Dónde está la influencia de esos medios? Se ha inventado la televisión sin fronteras; pero, aunque la use Guerra, nunca le escuchará Felipe. ¿Quién dijo que la prensa es el cuarto poder? Ni lo es la prensa, ni la radio, ni siquiera la televisión. Humíllese, Polanco. Rendíos, periodistas. El cuarto poder, de puertas adentro, es ese señor, esa señora, esos señores, que hacen los resúmenes de prensa"<sup>16</sup>.

Se sabe de la censura y de la autocensura de los periodistas, de quienes siguen fielmente la línea ideológica del periódico en el que escriben y de quienes adulan o condenan al poder de manera recurrente y obsesiva, y se sabe también de quienes obtienen prebendas por los deberes cumplidos. Una vez le preguntaron a José Manuel Lara por qué no invertía también en prensa. El editor de Planeta respondió desvergonzadamente que le costaba más barato comprar a periodistas que comprar periódicos.

Incómodos a veces en el estrecho margen de la ética, los columnistas no quieren ir más allá de la noticia, buscar otros cabos sueltos a esa sogá deshilachada, sino que, lejos de esas ambiciones, se quedan para interpretar la vida cotidiana, se quedan más acá de la noticia, se quedan como andando por casa. En ocasiones, ni siquiera acuden a la noticia, sino al rumor, y los resultados son esperpénticos. Los periodistas saben que el rumor nunca fue fuente de información, y como ha escrito Concha Fagoaga, tampoco el autor de los géneros interpretativos es ajeno a estos condicionantes. Es más: también el escritor de artículos, columnas o editoriales debe contrastar informaciones, mostrar nuevos puntos de vista, investigar y aportar primicias en sus textos<sup>17</sup>. Pero la realidad muestra sólo una cara de la moneda, y cada día más los columnistas sólo se atreven a dibujar un mundo cotidiano que a todos nos es común y que apenas nos aporta sino un espejo en el que proyectar nuestras propias dudas y contradicciones.

Antonio Burgos, víctima del rumor, escribió un artículo titulado 'El hombre de la tónica', que corrobora cuanto hemos expuesto. Burgos escribía: "Me gustaría que todos los que nos restregaron la muerte del vaquero de Marlboro pidieran ahora el certificado de defunción del hombre de la tónica. ¿De qué ha muerto? Nadie lo ha dicho. ¿Mira que si el hombre de la tónica ha muerto cirrótico perdido, con el hígado hecho polvo, de los lingotazos de ginebra que le ponía a la tónica para convencer a los que la habían probado menos que él, que se ponía ciego de yintonis todos los días...?"<sup>18</sup>.

Veinte días más tarde, estupefacto, François de Lavalette, consejero delegado del Schweppes, SA, remitía desde Madrid una carta al director de 'Diario 16' en la que se expresaba en estos términos: "Afortunadamente para el señor Lecoq, y para todos nosotros que somos sus amigos, él se encuentra perfectamente de salud y con el buen humor que siempre le ha caracterizado. Sin entrar en mayor análisis, pues Burgos asocia a lecoq y a nuestra Tónica con hábitos que nada tienen que ver con nuestros productos ni con el mensaje de nuestras campañas de publicidad, el solo hecho de publicar la muerte de una persona que vive es suficientemente grave"<sup>19</sup>.

Pero estos incidentes, afortunadamente, no ocurren a menudo. Quizás porque los columnistas, cada día más, vuelcan el contenido de sus textos sobre la realidad cotidiana y, más allá de interpretar ésta u otra noticia, se deshiniben de su compromiso con la realidad, para husmear en esos pequeños quehaceres que conforman su vida diaria. Juan José Millás, por ejemplo, prefiere hablar del periódico recién comprado, que parece "un traje limpio" o "la chaqueta rescatada del tinte"<sup>20</sup>. Rosa Montero, con el pretexto de hablar de una recopilación en discos compactos de canciones de los Beatles nos lleva a su infancia, a "los únicos ídolos que jamás he tenido" y a esas "infinitas canciones interiores que una todavía no ha descifrado"<sup>21</sup>. Joaquín Vidal prefiere recordar aquellas chuscas situaciones que surgían con los censores del NO-DO en el anterior régimen o cuando como guionista para TVE del programa 'La huella del hombre' el censor lo persiguió encabritado por los pasillos porque no había suprimido las imágenes de las Venus y los Apolos desnudos<sup>22</sup>. Francisco Umbral también se adentra en los entresijos de la historia para hablar sobre el arte de insultar en la II República, cuando Azaña llamó a Gerardo Diego 'loquitonto', Unamuno a 'El Caballero Audaz' lo denominaba 'El carretero audaz', y los republicanos a Alfonso XIII lo apellidaban 'Gutiérrez'<sup>23</sup>.

Mientras que Joan Barril, más íntimo y más cursi, se adentra en una polémica secreta y subterránea que versa sobre los besos ligeros, para recordarnos el consejo de Teresa Pàmies de que no se debe ir por el mundo besando tan a la ligera, para recordarnos el beso de Judas, los besos de los líderes soviéticos que les servían para reconocerse antes de purgarse, esos besos que se pierden como dos trastlánticos cruzándose en la noche y que no son sino "un afrancesamiento de nuestra vida cotidiana" o "ese beso del primer reconocimiento" que "se pierde por los escarpados

precipicios del cuello... y delata el rastro de la barba o los quilates del pendiente”<sup>24</sup>. Y Manuel Vicent, al escribir sobre los modernos, anuncia que “después de los dinosaurios llega la moda de Buda y ésta va a coincidir con una promoción de preservativos que llevan la punta decorada con el rostro de un héroe”<sup>25</sup>.

En efecto, la columna es un pequeño cajón de sastre en el que todo cabe. No se rige por el estilo conciso y austero de la información, ni por la objetividad del reportaje, ni por la disciplina castrense del editorial o el argumento rígido y eficaz del artículo. Javier Ortiz, sin ir más lejos, ha escrito sobre lo que sufre el editorialista que a diario tiene que empaparse de asuntos tan dispares y abstrusos y que, al final, como no firma, no le aporta “ni la más liviana brizna de reconocimiento público”. De tal modo, que él cuenta sarcástico la pregunta recurrente de familiares y amigos: “¿De verdad que trabajas en ese periódico? Como nunca se ve tu firma...”. Javier Ortiz, que prefiere la columna al editorial porque “atempera nuestras frustraciones: recompensa nuestra vanidad, salva nuestro currículum y permite, de paso, que nos desahogemos”, narra esta anécdota: “Hubo un día, hace unas semanas, que noté a mi buen amigo Gervasio Guzmán de especial mal humor. Le pregunté qué le pasaba. ‘Pues que estoy escribiendo sobre lo del tráfuga Gomáriz y se me ha ocurrido una gracia: decir que parece mentira que precisamente en Aragón los políticos se den ‘tan mala maña’... El juego de palabras era realmente atroz, pero no quise desanimarlo. ‘¿Y por qué no lo pones?’”, le dije. Me miró con aire despectivo: “¿Estás loco? ¿Meter un chiste en un editorial?”<sup>26</sup>.

Pero más allá de esta libertad evidente en un género como la columna y más lejos todavía del acontecer cotidiano, los columnistas, por momentos, se permiten otros lujos más dispares, como es el de acceder con desparpajo al mundo de la ficción, un recurso que, por cierto, también es común al artículo. Juan José Millás, por ejemplo, más conocido por una novela de título perfecto y sugerente, ‘El desorden de tu nombre’, fabuló que el diablo le pidió su mano izquierda a cambio de escribir ‘Las moradas’ de Santa Teresa. “Cuatro dedos, le dije, la mano entera no”. A partir de ahí desarrolla su diálogo con Satán<sup>27</sup>. Este sólo es un pequeño botón de muestra, pero los ejemplos los encontramos cada mañana en la prensa diaria. Como digo, la ficción no sólo es campo de cultivo para la columna, sino también para el artículo. El caso más claro es el de Gabriel García Márquez, quien ha recuperado alguno de sus textos periodísticos para dotarlo del sello inmortal de la literatura. El premio Nobel publicó el 30 de diciembre de 1980 en ‘El País’ un artículo con el título ‘Cuento de horror para la Nochevieja’, que posteriormente recogió en el volumen ‘Notas de Prensa. 1980-1984’, publicado por Mondadori en diciembre de 1991<sup>28</sup>. Unos meses después, en el libro ‘Doce cuentos peregrinos’, el escritor colombiano recuperaba de nuevo el texto con algunas variantes y con otro título: ‘Espantos de agosto’<sup>29</sup>.

La columna, también el artículo, está tan cerca del mundo cotidiano del

periodista, de la fantasía y de los sueños, de la ficción y de la realidad, que más allá de diferenciar claramente dónde acaba el periodismo y dónde comienza la literatura, sirve a modo de cordón umbilical entre ambos mundos, errante en esa tierra de nadie, como ha escrito Julio Llamazares, en la que la ficción no es sino una prolongación de la misma vida.

La columna, más libre en su estructura que otros géneros periodísticos, afronta desde la primera línea el tema principal sin perderse en otras escaramuzas antiperiodísticas, es de estilo claro y brillante, informa o entretiene, provoca la risa o el sueño, y despabila la imaginación. La columna puede ser interpretativa y orientadora, analítica o enjuiciativa, valorativa, y se puede escribir como cuento corto, o como información de suplementos, como editorial o como ensayo<sup>30</sup>. Su estilo puede ser narrativo o descriptivo, explicativo o argumentativo, y puede utilizar giros y expresiones de tipo coloquial o incluso desgarradas<sup>31</sup>.

Martín Prieto es un caso claro de columnista que escribe con vocación estética, pero que también lo hace llamando al pan pan y al vino vino, con un lenguaje, como tal vez nadie lo ha hecho, desgarrado o incluso deliberadamente grosero, pero también sincero y dolido. El 30 de agosto de 1993, publicó en 'Diario 16' una columna que llevaba por título su propio domicilio, 'Madrid, Virgen María, 5; 6.º-A'. Este texto, que tuvo amplia repercusión política, versaba sobre la dinámica intolerante que vive el País Vasco. Vale la pena transcribir algunos párrafos:

“Se han terminado —escribió— los toques de atención. Por lo menos a muchos no nos tocan los cojones dos jóvenes mariachis de ETA que dan una rueda de Prensa para amenazar a los seres humanos, protegidos bajo la legislación que nos cobija a los españoles. Salvo cuando acontecimientos ominosos atropellan mi amplia y comprensiva conciencia civil, carezco del menor interés por usar ‘malas palabras’, que no lo serán tanto cuando todas vienen en el diccionario y la buena gente común las usa a diario. ¡Señores: dos maricones de sangre, no de mierda, los tales Kamio y Zubimendi, portavoces de los ‘doberman’ de ‘Jarrai’! Lamento mi escritura y derramo lágrimas sobre ella, pero ¿cómo coño quieren ustedes que defina a una banda de veinteañeros que en cuadrilla organizada y prepotente trocan el tiro en el occipital por la patada en la nuca? Puedo escribir, y no escribo, que una gavilla de jóvenes héroes ‘abertzales’ pelearon denodadamente y con coraje físico por defender a su pueblo de la espantosa agresión de un ‘artzaintza’ tan fuera de servicio que circulaba, prudentemente, desarmado. Puedo, pero no me da la gana ni es mi oficio el de mentir”.

Más adelante añade: “Pero los ‘toques de atención’, que ya sabemos todos por experiencia en qué consisten, vayánselos metiendo por donde sin la menor de las dudas les cabe: por el culo. Estoy donde título. Casado con una infame extranjera que cura los cánceres de los niños vascos. Ya he escrito que no porto armas. El

portero está de vacaciones. Me acabo de duchar y entre las piernas me cuelga lo que no tienen ustedes”<sup>32</sup>.

El mismo día, Bruno Albar le respondió a Martín Prieto con un suelto titulado ‘Cobardes, no maricones’ poniendo en entredicho su estilo deslenguado, en el que decía que son “chulos y cobardes, que no maricones. Maricón no es un insulto...”<sup>33</sup>. Al día siguiente, M. P. respondió a esta llamada de atención: “El idioma no se equivoca, y el castellano, tan rico en injurias, menos. Incluso de el español puede decirse con justicia que es el habla que más ha desarrollado la blasfemia, habiendo sido el lenguaje militar e ideológico de la Contrarreforma. No se puede suplir maricón por cobarde, mi querido Bruno Albar... Que no nos lícen con el idioma. Que estos asesinos sólo quieren desviar la atención, precisamente, de sus ya atosigantes mariconadas. Como escribió Lewis Carrol, un respetable y adorable matemático y paidófilo, en una de sus ‘Alicias’, ‘lo importante no es el significado de las palabras: lo importante es saber quién manda’. Y aquí pretenden mandar los maricones”<sup>34</sup>.

Pero este lenguaje desgarrado de Martín Prieto, el lirismo de Manuel Vicent, el quevedismo de Jaime Campmany, el disparo a quemarropa de Vázquez Montalbán, el inventor de palabras que es Umbral, o el viejo diablo que es Raúl del Pozo, corren el riesgo de perderse para siempre ahora que el intrusismo han invadido también este género. Los informativos de las televisiones privadas han mezclado la opinión y la información, el sensacionalismo ha invadido las pantallas con las viejas fórmulas del periodismo de sucesos, y el espectáculo, al parecer, no ha hecho sino empezar. El columnismo, desde luego, no iba a quedar fuera de juego.

Antonio Burgos ha escrito que “esto de que Ana Botella siente plaza de comentarista de Tele 5 es fuerte”, “Ana Botella no se ha divorciado de Aznar, pero se ha casado con Tele 5, y va de mamachicho de la actualidad”. Burgos advierte sarcástico que la esposa de Aznar será “el Meteosat de los conservadores españoles, y cuando salga en pantalla habrá que estar como los leperos en el chiste del satélite, mirando para arriba para ver por dónde van los tiros”<sup>35</sup>.

De cualquier manera, cabe concluir que, sin lugar a dudas, la columna se perfila como el género periodístico de nuestros días, al igual que en otros años lo fue el reportaje o la entrevista de creación. Nunca como hoy, el columnista ha ocupado la primera fila en el espectáculo informativo, nunca como hoy ha cobrado nóminas como las actuales y nunca se ha imbuido del prestigio del que hoy goza. En muchos casos, también, los medios audiovisuales se nutren para sus tertulias de estos comentaristas, a fin de dar variedad e ingenio al diálogo.

Si las televisiones han aportado en este fin de siglo como novedad los programas de ‘reality show’, la prensa lo ha hecho desarrollando este género, destacando entre sus páginas, incluso en la primera, el comentario poético o atrevido, insólito o cotidiano, del columnista. Hay quien piensa que el auténtico columnista es aquel



periodista que por una frase brillante es capaz de sacrificar al mejor amigo.

Hay quien lo piensa, desde luego, y yo sé que también hay quien lo hace. No existe hoy género más vivo y descarnado que la columna, ni más íntimo y más público a la vez. Su brevedad compacta y rotunda, su estilo ágil y asequible, sus temas dispares y extraordinarios, sus carrerillas emprendidas de la realidad a la ficción, hacen de la columna un género capaz de aunar, como ningún otro, periodismo y literatura, noticia y opinión, también fantasía y estética.

O lo que es lo mismo: los columnistas han sabido fabricar noticias donde no las hay. El estilo de la columna es el estilo de su autor. Y como consecuencia, quién lo iba a decir, al final los protagonistas de la noticia acaban siendo el propio columnista y el mismo lector, cómplices de un diálogo secreto que todos compartimos y del que, como es natural, también podemos discrepar.

Serán otros investigadores quienes se entretengan en forjar las fronteras que separan al periodismo de la literatura. Ni ése es el objetivo de la columna, ni tampoco yo pretendo que sea el mío.

#### NOTAS

- 1 Martín Prieto, José Luis. Entrevista con Victor de la Serna. *El Mundo*, 24 de septiembre de 1993.
- 2 Martínez Albertos, José Luis. 'Curso General de Redacción Periodística'. Ed. Paraninfo. Madrid, 1992, Pág. 382.
- 3 Umbral, Francisco. Entrevista con Emma Rodríguez. Suplemento 'UVE'. *El Mundo*, 26 de julio de 1993.
- 4 Haro Tecglen, Eduardo. 'El garbancero'. *El País*, 27 de septiembre de 1993. Pág. 53.
- 5 Umbral, Francisco. Entrevista con Emma Rodríguez. Suplemento 'UVE'. *El Mundo*, 26 de julio de 1993.
- 6 Martín Prieto. 'Juan Cruz, hecho pedazos'. *Diario 16*, 17 de agosto de 1993. Pág. 2.
- 7 Del Pozo, Raúl. 'Adiós a M. P.'. *Diario 16*, 22 de septiembre de 1993. Pág. 3.
- 8 Martín Prieto, José Luis. Entrevista con Victor de la Serna. *El Mundo*, 24 de septiembre de 1993. Suplemento 'Comunicación'. Pág. 8.
- 9 Martín Prieto. 'A ver qué me consenten'. *El Mundo*, 29 de septiembre de 1993. Pág. 76.
- 10 Martín Prieto. 'Si lo sé, no vengo'. *El Mundo*, 27 de septiembre de 1993. Pág. 68.
- 11 *Tiempo*. Núm. 596, 27 de septiembre de 1993. Pág. 133.
- 12 Umbral, Francisco. 'Mitologías'. *ABC*, 14 de octubre de 1993.
- 13 *ABC*, 28 de octubre de 1993. Pág. 6.
- 14 Umbral, Francisco. 'Los jóvenes'. *El Mundo*, 19 de noviembre de 1993. Pág. 72.

- 15 Umbral, Francisco. Entrevista con Emma Rodríguez. *El Mundo*, 26 de julio de 1993. Suplemento 'UVE'.
- 16 Onega, Fernando. 'España en un puño'. *Tribuna*, 8 de noviembre de 1993. Pág. 29.
- 17 Fagoaga, Carmen. 'Periodismo interpretativo. El análisis de la noticia'. Textos de Periodismo. Editorial Mitre. Barcelona, 1982.
- 18 Burgos, Antonio. 'El hombre de la tónica'. *Diario 16*, 19 de febrero de 1993. Pág. 3.
- 19 'Cartas al director'. *Diario 16*, 9 de marzo de 1993. Pág. 6.
- 20 Millás, Juan José. 'El periódico'. *El País*, 22 de octubre de 1993. Pág. 64.
- 21 Montero, Rosa. 'Beatles'. *El País*, 2 de octubre de 1993. Pág. 52.
- 22 Vidal, Joaquín. 'Censores'. *El País*, 17 de agosto de 1993. Pág. 40.
- 23 Umbral, Francisco. 'Arte de insultar'. *El Mundo*, 26 de febrero de 1993. Pág. 7.
- 24 Barril, Joan. 'Besos ligeros'. *La Vanguardia*, 25 de noviembre de 1993. Pág. 18.
- 25 Vicent, Manuel. 'Modernos'. *El País*, 17 de octubre de 1993. Pág. 56.
- 26 Ortiz, Javier. 'Editorialistas'. *El Mundo*, 7 de octubre de 1993. Pág. 2.
- 27 Millás, Juan José. 'Escribir'. *El País*, 24 de septiembre de 1993. Pág. 63.
- 28 García Márquez, Gabriel. 'Notas de Prensa (1980-1984)'. Editorial Mondadori. Madrid, 1991. Pág. 41.
- 29 García Márquez, Gabriel. 'Doce cuentos peregrinos'. Editorial Mondadori. Págs. 127-133.
- 30 Comité de modern journalism. *Periodismo moderno*. Ed. Letras, S.A. México, 1967. Págs. 569 y 570.
- 31 Martínez Albertos, J. L. 'Redacción Periodística'. Ed. ATE. Barcelona, 1974. Págs. 147 y 148.
- 32 Martín Prieto. 'Madrid, Virgen María, 5; 6° A'. *Diario 16*, 30 de agosto de 1993. Págs. 1 y 2.
- 33 Albar, Bruno. 'Cobardes, no maricones'. *Diario 16*, 30 de agosto de 1993. Pág. 6.
- 34 Martín Prieto. 'Diccionario secreto'. *Diario 16*, 31 de agosto de 1993. Págs. 1 y 2.
- 35 Burgos, Antonio. 'Enhorabuena, Ana Botella'. *Diario 16*, 24 de septiembre de 1993. Pág. 3.